

El Federalismo como Principio y Perspectiva de Nuevas Uniones Económicas y Estatales*

Ettore A. Albertoni

ES para mí un placer dirigirme de nuevo a universitarios mexicanos y continuar la provechosa serie de encuentros que, desde hace ya casi diez años, vienen acercando recíprocamente a estudiosos italianos y mexicanos, de mi Universidad -la de Milán- y de la Universidad Nacional Autónoma de México. Podemos constatar con orgullo que estos intercambios han sido muy fructíferos puesto que muchos estudiantes milaneses e italianos han preparado, y siguen preparando, sus exámenes a partir de textos traducidos del castellano y de los cuales son autores Rafael Pérez Miranda y José Luis Orozco. Así como también han circulado y circulan en lengua castellana - editados por el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales- libros míos que reúnen las aportaciones de estudiosos italianos que han participado y participan en este intenso y fecundo intercambio entre nuestras culturas. Por consiguiente, en nombre mío y en nombre de todos los colegas que forman parte de la delegación de la Universidad de Milán -Facultad de Ciencias Políticas- que participa en este evento, quiero manifestar mi más sincero agradecimiento por la nueva oportunidad que nos han ofrecido, y también el deseo de un sólido y concreto trabajo a desarrollar entre nosotros hoy, mañana y en el futuro.

Quisiera entrar de lleno, un poco polémicamente, en el tema de mi relación citando las primeras frases de un célebre documento político que hace tiempo era muy citado y que hoy en día parece casi olvidado. En 1848 cuando apareció el *Manifiesto* que Karl Marx y Friedrich Engels escribieron para la Liga comunista, los dos autores de ese afortunado texto insistían en el hecho de que "un espectro" vagaba por Europa, "el espectro" del comunismo contra el cual todas las potencias -desde el papa hasta el zar, y los anticlericales franceses- se habían aliado. Incluso cuando el *Manifiesto* estaba muy en auge y, a menudo, constituía, desgraciadamente, la única lectura doctrinal marxista para muchos intelectuales marxistas, creyentes o imaginarios, siempre he considerado un grave infortunio de léxico ese término "espectro" para indicar un sistema doctrinario-político. Con mayor razón esta sensación se ha acentuado y se acentúa si consideramos, teniendo presentes los eventos que han tenido lugar desde 1989 hasta hoy en día, cual ha sido el destino de ese "espectro" que llegó a ser imperio y después se disolvió sin gloria, ni grandeza, al igual que un fantasma después de una noche de pesadillas devuelve a la luz del nuevo día el castillo que había aterrorizado. Dejando de lado las metáforas pero parafraseando -espero con mejor fortuna- el célebre texto que acabo de citar, quiero constatar cómo al hablar de política de los nuevos bloques que ya se entrevén en la edad post-comunista debemos tener presente que algo nuevo se agita en la atmósfera no sólo europea sino mundial. Pero, esta vez, no es "un espectro" que llama la atención sino, más bien, un principio de orientación política, dialéctica y de esperanza. No obstante, antes de hablar de esta novedad federalista que es doctrinal y

* Palabras de inauguración presentadas en la UAM-A, en el coloquio italo-mexicano *El mundo de los bloques económicos*, organizado por el Departamento de Derecho y el Instituto Jurídico de la Facultad de Ciencia Políticas de la Universidad de Milán (octubre de 1993). Respecto de la significación de estos encuentros, cfr. *supra*, *Alegatos*, núm. 11 de , 1988, pp. 57-64. el artículo de León Cortiñas-Peláez sobre *Clase política y élites políticas* de R. Pérez Miranda y E. Albertoni.

política al mismo tiempo permítanme alguna reflexión de tipo histórico y actual, idónea para situar en un más preciso y definido contexto lo que diré al respecto.

Nuestro siglo, que se está ya acercando a su fin, pasará a la historia como el tiempo en el que se derrumbaron los imperios más antiguos (como el de los Austrias, el zarista ruso y el turco) junto con los más recientes de cuño totalitario, como el Tercer Reich alemán y el imperio fascista italiano. Pero en el mismo siglo se sitúa el meteoro que representa el gran imperio ideológico ruso-comunista y el fin del bipolarismo que ha caracterizado los decenios sucesivos al fin de la Segunda Guerra Mundial. Francamente hay que reconocer que muy pocas veces en la historia el entero equilibrio del mundo se ha visto trastocado tan reiteradamente y en profundidad en menos de un siglo. No hay que olvidar, en efecto, que ese derrumbarse de potentes organizaciones políticas supuso también el fin del imperio británico y del francés, holandés, portugués, así como el final de la hegemonía militar-imperial japonesa en Asia. Creo, por lo tanto, que tenemos que -seguramente con la meticulosidad de los historiadores que indagan en el pasado, pero también con la de los analistas políticos que escrutan el presente- intentar comprender el sentido global de este episodio del Siglo XX. Los antiguos bloques, representados por los viejos imperios que se transmitían por herencia histórica y por los más recientes de carácter ideológico y de masa, se han quebrado en nuestro siglo; -sin embargo, se ha podido constatar el desarrollo de diferentes principios, si bien no todos límpidos y concretos para la unión de nuevos bloques. Se han producido uniones refinadamente político-militares en función anti-soviética como la OTAN; se han producido uniones evidentemente económicas e inciertamente político-burocráticas (de todas formas bastante más burocráticas que no políticas) como la Comunidad Europea; siguen existiendo estructuras incluso de tipo planetario como la ONU, las cuales usan su impotencia ante los ojos de todo el mundo, entre tragedia y ridículo, en Somalia y, sobre todo, en Bosnia. Podría seguir enumerando pero prefiero pararme aquí para no repetir cosas ya sabidas e incluso obvias. Lo que me interesa subrayar para poder desarrollar completamente mi discurso es que todo nuestro siglo, en los ya muchos decenios transcurridos, se ha caracterizado por un proceso ondulatorio y de abajo hacia arriba idéntico al que se produce en los terremotos.

Estos sismos han roto múltiples unidades y -en la fase de quietud- han desembocado en formas de bloques que representaban múltiples exigencias que aquí sería demasiado largo analizar. Si el Siglo XIX representó la

edad de los estados nacionales y de las premisas imperialistas, que a partir de ese tipo de estados se han desarrollado, hay que reconocer también que el Siglo XX- ha sido más que nunca el tiempo de los bloques, es decir de una carrera afanosa de estados potentes y de estados ideológicos hacia la conquista de amplios espacios y de enormes dominios. Una carrera que más de una vez ha desembocado en un conflicto mundial contrario a las más significativas uniones precedentes y, al mismo tiempo, creador de nuevas realidades particulares y de nuevos bloques. Además hay que subrayar cómo el fin del segundo conflicto mundial ha llevado -sólo hace poco, es decir en 1989- al equilibrio ideológico y militar del bipolarismo provocado por múltiples razones que no viene al caso analizar ahora en la incruenta liquidación del bloque soviético con todo lo que éste ha representado en el mundo y en la historia de los últimos 70 años. Sin indagar en los detalles es necesario aclarar, sin embargo, que el fin del bloque ideológico-militar ruso-comunista ha representado y representa el mayor seísmo que haya conocido el Siglo XX. En efecto, la caída se ha producido por causas endógenas y ha evidenciado claramente la impropiedad en el mundo moderno de organizaciones sociales y estatales basadas en formas de dogmatismo autoritario.

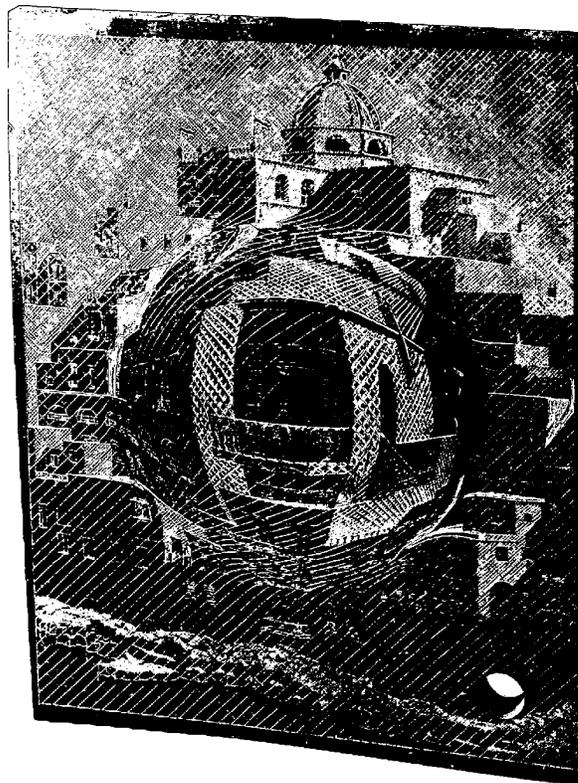
Personalmente creo que no se pueda prescindir de estas consideraciones si se quiere comprender por qué el **principio doctrinal** del federalismo, al que antes aludía, vaga hoy no como un "espectro" sino, más bien, como un "espíritu" innovador y constructivo. Es más, quisiera añadir que si ha existido un tiempo de Hegel y uno de Marx, otro de Lenin y otro de Mussolini, de Hitler y de Stalin, hoy más que nunca es el tiempo de Giovanni Altusio (o Alt-haus, o Althusen, o Althusius, como se le quiera llamar y que yo citaré en la denominación latina). Es justamente a la obra de este docto alemán, autor de la **Política methodice digesta** -publicada por primera vez en 1603- a la que es muy conveniente volver. Y esto, sobre todo, para comprender qué podía significar al término de las guerras religiosas que enlutaron la Europa del 1500 y que crearon los primeros modernos bloques ideológico-estatutarios, una propuesta -como era la suya- de restauración federativa y razonable de la sociedad humana,

Althusius (1557-1638), jurista bastante famoso y calvinista ferviente fue hombre de letras, rector de la Universidad de Herbon y desde 1604 hasta su muerte Alcalde de la Ciudad de la Frisia oriental Emden. Su doctrina política tuvo el mérito de fundar un federalismo capaz de unir bajo una perspectiva universal a las familias, a los **collegia**

(gremios, es decir a las agrupaciones voluntarias de artesanos), a las comunidades locales, a las provincias y a los estados. Es necesario aclarar en seguida que ninguna

utopía pacifista, meta histórica y meta política dominaba e inspiraba su pensamiento, ya que su visión contractual de la sociedad y del poder que motivaba su federalismo nacía de una valoración realista de los contrastes políticos, religiosos y territoriales que habían dominado la región en la cual él trabajó durante su larga vida. Althusius, que fue descubierto de nuevo y no casualmente por el gran jurista Otto von Gierke (1841-1921), también él alemán, elaboró su concepción sistemática y federalista de la organización política de tal forma que después de casi tres siglos Gierke se proponía con convicción reivindicar para él -en una Alemania que en el II Reich fundía lo particular en la primera organización estatutaria moderna de las gentes alemanas-"un puesto de primer orden en la historia de las ciencias políticas". Lo que me interesa subrayar aquí, no pudiendo obviamente afrontar detalladamente el pensamiento de Althusius, es la gran importancia que en éste asume el proceso que invierte y archiva la lógica medieval de un poder que desciende desde lo alto para construir un orden jerárquico. Este planteamiento será destruido en la historia y en el pensamiento en favor de una serie de libres acuerdos entre las diferentes "species con-sociationis" -como las define Althusius- que parten, por el contrario, desde abajo hacia lo alto con una modernísima propuesta, la "consociatio publica" primera y esencial que es la comunidad política. Althusius partía sobre todo de la idea de un contrato social que no fuera metahistórico, sino que estuviera bien insertado en la complicada política de su tiempo; una política que se había visto complicada por los grandes y cruentos enfrentamientos religiosos que asumieron, además del ya citado relieve de unión estatutaria, también el carácter de una muy profunda discriminación étnica y social, tanto en el interior de cada una de las realidades territoriales como en la esencia de los bloques así formados.

De esta forma, el pensador alemán proporcionó el instrumento e indicó el camino que, aparte de sus vivencias personales y del olvido en que cayó, estaba destinado a proponerse de nuevo y -al menos en mi opinión- hoy se presenta como muy actual y también de gran utilidad. Si se analiza, en efecto, detenidamente el pensamiento de Althusius tal y como se basa en los valores fundamentales de la *asociación humana*, que constituye para él el objeto primario y absorbente de la política, y de la *soberanía popular*, que forma la expresión legítima del poder político, resulta fácil comprender como Althusius, bastante más realista que otros pensadores



anteriores y posteriores a él, propone y justifica una concepción muy avanzada de la **democracia** y de su ampliación dentro y fuera de cada específica realidad que así se federan y se desarrollan.

"Pluralismo" es un concepto político-doctrinal, que en los últimos dos siglos ha asumido un significado cada vez más equívoco, y como tal fue empleado por el corporativismo católico y por el fascista al igual que por los comunistas post-stalinistas. Pero, por el contrario, en Althusius, el "pluralismo" es un principio de racionalidad política y de madurez de sociedades que estaban encadenadas por la intolerancia religiosa y por todas sus implicaciones sociales y étnicas. Así se comprende cómo los que Althusius llama *Lebensgenossen*, es decir, "simbióticos" o "compañeros de vida", son simplemente ciudadanos capaces de colocar sus opciones asociativas y políticas en la óptica de una posibilidad concreta de unión ordenada y no autoritaria.

*

dejemos por ahora el pensamiento de Althusius, pero tengamos presente el ambiente común a su tiempo y también al nuestro. Sin forzamientos temporales me parece, en efecto, que es oportuno meditar sobre el hecho de que al igual que a principios del Siglo XVII existía la necesidad, que ese doctor alemán realizó egregiamente,

de definir la política y sus objetivos, de reflexionar sobre la sociedad, el poder, y su organización, estas mismas exigencias están hoy muy presentes y son también muy urgentes. Teniendo en cuenta además que la sociedad de masas así como hoy la entendemos, en aquel tiempo no existía, y que por lo tanto no existía ciertamente la aceleración del proceso de formación de las ideas y de las propuestas como ocurre hoy en día por la globalidad de la aldea electrónica y televisiva en el que vivimos. Por consiguiente de aquí parte la necesidad de considerar que el último bloque ideológico-militar caído, el soviético, se fundaba en el **centralismo del poder**, es decir en una soberanía ejercida sólo por los más influyentes que pertenecían a la oligarquía que guiaba al partido único y con él al Estado. Este acontecimiento, si se le considera atentamente desde un punto de vista histórico e ideológico, ha eliminado de nuevo el proceso autoritario de un poder que descendía sólo y únicamente desde lo alto.

Este es, en mi opinión, el dato fundamental sobre el que tenemos que centrar nuestra atención depurando de la pasión ideológica, que demasiado a menudo ciega a los intelectuales, nuestra investigación. El imperio soviético era en primer lugar y sobre todo un dominio centralizado y autoritario, y que así operaba en el interior y el exterior de la frontera rusa. Y esta realidad evidente e indiscutible no se puede ocultar mediante conceptos equívocos hoy muy difundidos como el "pluralismo" hace poco recordado y que en Europa -pero creo que no sólo allí- constituye la base de esa inquietante comisión ideológica que se llama ahora **cató-comunismo**, es decir síntesis de catolicismo político reaccionario en relación con el mundo moderno y de comunismo burocrático si bien depurado del **stalinismo**. Por no hablar de la "democracia progresiva" de los Frentes populares. Quisiera, por lo tanto, como historiador de las doctrinas políticas -contra todas las mentiras ideológicas de que se han empastado tales conceptos- exhortar, a quien no lo haya leído todavía, a la lectura de ese **amplio** escrito de Stalin **Los principios del leninismo** que apareció en 1924, poco después de la muerte de Lenin. En él resulta claro y evidente -aparte de las mistificaciones heroicas y retóricas del partido como "reparto de vanguardia de la clase obrera"- como se concebía al partido bolchevique como la "forma suprema de la organización de clases" y, por lo tanto, completamente legitimado para seguir sólo y exclusivamente las reglas y los deberes de la "dictadura" proletaria fundada en un incuestionable monolitismo

decisorio, orientativo e ideológico. Como dato curioso quiero recordar que Stalin, en el "estilo de trabajo" de este nuevo Leviatán que el leninismo había construido, exhaltaba entonces la "unión del empuje revolucionario ruso con el espíritu práctico americano". Sin este núcleo realista de praxis e ideología que es el leninismo la experiencia de 70 años de comunismo, imperial y estatutario se desvanece sólo en el cotilleo ideológico y aerífico haciéndonos, por consiguiente, perder de vista la esencia autoritaria de ese régimen que, por el contrario, aquí he querido expresamente evidenciar.

Habiéndose producido la caída de la unión más grande y centralista de nuestro siglo es fácil de comprender el movimiento variado, y obviamente no linealmente pacífico, que ha recorrido el fraccionamiento de la que fue la Unión Soviética. Es también muy interesante comprender el proceso de nuevas uniones internas y externas, político-institucionales y económicas, que se están produciendo sobre todo en un espacio del mundo que hasta hace poco denominábamos con el término global "occidental". Es evidente que me refiero en particular, aunque no exclusivamente, a Europa y a sus instituciones comunitarias que constituyen una realidad precisa de unión en un área como la que acabamos de mencionar que ciertamente es más **amplia**. Es más hay que decir: un área bastante más **amplia**, heterogénea y que representaba en la época de la "guerra fría" una especie de federación guiada por la **leadership** militar y económica americana.

Es lícito, por consiguiente, al comenzar los trabajos de nuestro encuentro preguntarnos en qué punto nos encontramos de nuestra historia. Yo creo que es adecuado el paralelismo temporal que he descrito con el de finales del Siglo XVI cuando disminuyó pero no desapareció la tensión terrificante de los enfrentamientos religiosos, cuando Althusius expuso con el pragmatismo de un político y con la precisión de un jurista las líneas de una política metódica y razonable. En efecto, no podemos olvidar que hemos tenido también nuestras guerras religiosas en el Siglo XX y que han sido las ideológicas, mientras la enfermedad de nuestro siglo ha sido sin duda la huida de la realidad, la huida de los métodos de la racionalidad y de la concreta historicidad del hombre para seguir falsas y perversas metafísicas que se fundamentan en el fanatismo de demagogos, en el gregarismo acrítico de militantes y en la traición de los intelectuales al espíritu crítico que es amor a la libertad y búsqueda de verdades no contingentes y no instrumentales.

El distanciamiento de una historia que, sólo desde hace poco y no por completo, no hemos dejado a las espaldas, plantea, no obstante, un problema de fondo al cual puede responder de modo adecuado la perspectiva que representa la esperanza, obviamente sin separarla de lo concreto y de lo factible, que constituye la base del espíritu y de la praxis del **federalismo**. A mí me parece significativo que a la caída de las ideologías en su significado mistificador se verifique una explosión de diferentes y turbulentos fundamentalismos religiosos. Me parece muy significativo que el multiplicarse de diferentes movimientos religiosos no se desarrolle bajo el signo de la búsqueda de la fe, de la cual el hombre de hoy en día manifiesta una gran necesidad sino que, por el contrario, exista por parte de las religiones más dogmáticas y autoritarias una búsqueda espasmódica y ansiosa y -hay que decirlo- totalmente fuera de lugar, por ocupar espacios terrenos, de terceros países o cuartos, invocando un nebuloso y ambiguo compromiso social.

Personalmente no puedo evitar mirar con recelo a los demasiados "párrocos sociales" más o menos de todas las religiones que tienden, de cualquier modo y todos, al **clericalismo** de la sociedad civil a provechándose de la crisis existente y difundiendo, en lugar de los valores por los que una sociedad moderna se reconoce y se caracteriza, los propios credos confesionales e integristas. Y aquí existe ciertamente un gran peligro para un mundo que para seguir viviendo siente cada vez más la necesidad de acentuar el actual movimiento de liberación que lo atraviesa. Liberación de la burocracia, de la mala y abstracta legislación; liberación del visionarismo social abstracto y del dominio ideológico sobre las conciencias y la cultura. Liberación, por tanto, de los vínculos que limitan en el terreno económico **la iniciativa** y **el beneficio** (es necesario decir lo claramente), que son datos incuestionables de tipo humano y de **auténtica solidaridad** entre las clases sociales. Nunca se han planteado lo que podría ser el futuro del mundo si la ley del Corán sustituyera a la ley civil, si las tambaleantes y anticuadas concepciones económico-sociales que la Iglesia católica propone -al hablar de una no muy bien identificada "solidaridad", que es simplemente la teorización de la miseria- inspiraran las economías sofisticadas pero fragilísimas de nuestro tiempo. O bien, si no, ¿qué pasaría con la convivencia en la india si prevalecieran los fanatismos de los hinduistas? Son sólo algunos ejemplos, pero que se podrían multiplicar **ad libitum** puesto que nunca la sociedad civil se ha mostrado tan incierta y los fundamentalismos religiosos han sido tan agresivos y destructivos. No quiero entretenerles más

para no abusar de su amable atención, pero considero que el cuadro, si bien sumario, que aquí he trazado evidencia la importancia de opciones que sean sobre todo "civiles", es decir que se ocupen de definir, de una forma que paulatinamente ha ido desapareciendo, las bases fundamentales y esenciales de la convivencia. Pero, puesto que la "consociatio publica" de Althusius sigue siendo actual como valor y perspectiva hay que subrayar que ésta en su actualidad aparece formada por realidades diferentes, por la coexistencia de principios y de valores diferentes, por tradiciones histórico-ambientales bien arraigadas que se conjugan sobre todo hoy con crisis individuales y cada vez más frecuentes de debilidad psicológica y con crisis de identidad colectiva. Es justamente desde este punto de vista que, antes de afrontar cualquier solución de tipo sectorial, como pueden ser la Comunidad Europea y la zona de libre mercado en Norteamérica, es necesario reconocer la gran capacidad del **principio federativo** que democráticamente vive y que progresa con la libertad. Entendiendo así correctamente la política, ésta vuelve al puesto directivo que le compete. Me parece que ésta es una de las pocas perspectivas realistas para salir de la crisis de nuestro tiempo, sobre todo, separando lo civil de lo religioso, el pragmatismo de la ideología. Y todo esto con la finalidad de que puedan convivir las múltiples "consociaciones" sin que exista la preponderancia prevaricadora de una religión, de una secta, de una etnia o de un partido-vanguardia de una ideología salvadora y por consiguiente a menudo totalizadora. Una perspectiva, por consiguiente, de unión sí pero en la libertad y en el desarrollo. Althusius veía en la **política** el argumento, a estudiar y del que partir, para organizar de manera digna a los hombres, a las diferentes instituciones y poderes. No hay duda de que la política sigue siendo también hoy en día el punto acusador de todas las peticiones que provienen de viejas y menos viejas tensiones que el siglo y los últimos años han proyectado sobre nosotros. Pero junto con la necesidad de eliminar de la política las falsedades ideológicas, que han representado, no obstante un modo de evadirse de la realidad y un camino ilusorio, es necesario tener presente que, de todas formas, un gran proceso de desarrollo económico ha tenido lugar en vida de muchos países de la tierra y que la revolución económica se ha visto acompañada después por la de la información. Lo que equivale a decir que siguen produciéndose enormes procesos de unión económica y que claramente no están destinados a desaparecer o disminuir. No hay duda de que en lo que queda del siglo se verá, el enfrentamiento profundo y extendido entre el movimiento de liberación que se está produciendo un

poco en todas partes y los antiguos pero no desaparecidos espectros (¡en este caso el término es adecuado!) de la política autoritaria, despótica y creadora de pobreza y miseria. El desenlace de esta lucha es, obviamente, todavía incierto. Todos somos conscientes de ello. De esta forma, y para concluir, no puedo evitar

subrayar que cada vez más y con mayor razón la unión incluso de estados -aparte de las económicas- en los nuevos bloques que van formándose un poco en todas partes, supone una ratificación importante por lo que respecta a la validez de las perspectivas federalistas.